

ELOGIO DEL TEXTO DIGITAL

José Manuel LUCÍA MEGÍAS

(Madrid: Fórcola, 2012, 148 págs.)

Subtitulado *Claves para interpretar el nuevo paradigma*, el libro pretende ser precisamente eso: un análisis de la situación actual en la que se ha venido llamando Sociedad de la Información y el Conocimiento, un desgramamiento del proceso evolutivo que ha sufrido el texto digital desde sus orígenes, y la exposición de los principales rasgos de su relación con la industria cultural y editorial. José Manuel Lucía, especialista en Humanidades Digitales, parte de la afirmación de que el cambio ya se está produciendo, y que por tanto no vale la pena perder más tiempo tratando de desentrañar si, verdaderamente, la expansión del texto digital supondrá la muerte del papel. Detenernos en ese tópico resulta inútil, y nos aleja de lo auténticamente prioritario: aprovechar las inmensas posibilidades que nos brinda el universo digital.

Una de las mayores ventajas del nuevo medio radica en su capacidad de concentrar las posibilidades de almacenamiento de información propias del texto escrito y la espontaneidad que posee el texto oral. José Manuel Lucía insiste en que este último no debe entenderse como fase previa al escrito —a pesar de haberse originado antes—, sino que ambos se desarrollan pa-

ralelamente con características distintas. En sus orígenes, la escritura convivió con la oralidad, por quedar relegada a unas élites sociales a las cuales no les interesaba su democratización. Cuando esta se produjo desde el siglo VIII-IX a.C., en las polis griegas, se puso en marcha un nuevo mecanismo de control basado en la censura de archivos y la posesión de textos por parte de unos pocos. Actualmente, ese sistema también se está resquebrajando con la aparición de *WikiLeaks*, que saca a la luz documentos secretos de distintas instituciones.

La oralidad y la escritura son dos diferentes tecnologías de la codificación del saber. La escritura resultó necesaria para almacenar el conocimiento y combatir el olvido, pero con ella se perdió la espontaneidad de la primera oralidad en los discursos. Dicha primera oralidad el autor la sitúa en los diálogos de los filósofos socráticos, y posteriormente habría una segunda en el siglo XX que correspondería a lo que McLuhan denominó «aldea global», con la llegada de medios basados en la palabra oral: el teléfono, la radio, el cine o la televisión. El texto digital de nuestros días supone, según José Manuel Lucía, una tercera oralidad que concentra las características de dichos medios. Y a la vez, una segunda textualidad, porque ha transformado por primera vez la escritura tal y como la conocíamos desde sus orígenes, al incorporar las ventajas de la interacción con el usuario propias del texto oral. Lucía Megías señala que, en este sentido, no podemos comparar la revolución digital con la llegada de la imprenta en el s. XVI, porque esta solo supuso una nueva tecnología industrial para la difusión de textos, y no una forma distinta de codificación.

Una vez establecidas estas diferencias y apreciaciones, el autor nos sitúa a finales de la Segunda Guerra Mundial, realizando con nosotros un viaje en el tiempo que comenzará con algunos «precursores y soñadores», como él los llama: científicos que aspiraban a la perdurabilidad de los conocimientos desarrollando las capacidades, entonces limitadas por la memoria, de la mente humana. Entre ellos, Vannevar Bush, que en 1945 inventó el *Mex*: un archivo personal que suponía un suplemento ampliado de la memoria, que funcionaba del mismo modo que nuestro cerebro: por asociación. Aunque nunca se llegó a construir, representó el punto de partida para proyectos posteriores que empezaron a concebir el ordenador como una herramienta de acumulación de información, y no solo procesadora de la misma.

Como bien subraya el autor, esta necesidad humana de acumular conocimientos la encontramos muchos años antes como base de la creación de la mítica Biblioteca de Alejandría, que fue motor de la cultura de su tiempo y

llegó a albergar el setenta por ciento del saber de entonces. Pero su funcionamiento no se limitaba a la simple acumulación de textos, además estos iban acompañados de comentarios críticos: en ese punto residía su excelencia. El viaje que comenzó con el proyecto del *Memex* y alcanza nuestros días buscaría no solo superar la capacidad de almacenamiento de la Biblioteca de Alejandría —y sus limitaciones, origen de su trágica destrucción—, sino alcanzar una mayor profundidad relacionando esos textos entre sí y permitiendo la interacción del usuario con ellos. Así surgieron, en torno a 1950, las Humanidades Digitales. Y más adelante, en 1960, el creador del proyecto *Xanadú*, Ted Nelson, imaginó el conjunto de la literatura universal como un documento global, disponible universalmente; y la base de todo esto se encontraba en el hipertexto, formado por enlaces que conectaban todo y que le otorgaban al texto escrito el carácter no secuencial propio de la oralidad.

José Manuel Lucía relaciona de este modo épocas tan aparentemente distantes como son la Antigüedad clásica —los tiempos de la Biblioteca de Alejandría— y nuestro presente, en el que existen proyectos de bibliotecas digitales que tratan de reunir grandes patrimonios a nivel nacional —como la Biblioteca Digital Hispánica— o europeo —Europeana, Biblioteca Digital Europea—, que poseen el referente de Alejandría pero aprovechan las posibilidades del texto digital para no ocupar espacio físico. Aquí también se incluyen aplicaciones como *Google Books*, que digitaliza textos en papel manteniendo su forma externa, y proyectos como el de la Bibliothèque Nationale de Francia: *Gallica*, que personaliza la información al usuario.

Sin embargo, muchas de estas bibliotecas digitales textuales caen en el constante error de ser gestionadas con sistemas propios del mundo analógico, que no permiten la relación de unos textos con otros. En este punto, el autor señala que, a pesar de que el éxito de las tecnologías digitales se basa en gran parte en que los usuarios puedan asociarlas con tecnologías analógicas del s. XX, resulta esencial asumir que el texto digital posee sus propias características y técnicas de tratamiento, y que la sociedad actual —particularmente la española— no ha terminado de comprender esto, motivo por el cual no se produce un avance más directo en tecnologías digitales.

Lucía viene a demostrar en su libro que, contrariamente a la opinión más extendida, según la cual es el texto digital el que aún no consigue satisfacer todas las necesidades de los usuarios; el problema se encuentra más bien en la actitud de los usuarios hacia él. En el terreno editorial, el mayor obstáculo radica en el temor de las editoriales a que la expansión del libro digital perjudique sus beneficios económicos. De esta manera, comercializan las

ediciones digitales a precios elevados, casi similares a los de las ediciones en papel, tratando aquellas de la misma forma que si fueran analógicas. El autor se apoya en el Informe del 10 de abril de 2010 sobre el libro electrónico del Observatorio sobre el Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura para afirmar que en España «estamos muy lejos de una situación de normalidad en referencia a la explotación del libro electrónico». De la actitud de las editoriales hacia el nuevo formato derivan problemas de rabiosa actualidad, como el que atañe a las descargas ilegales, incrementadas cada vez más a causa de los precios, en muchos casos exagerados, de las ediciones digitales. Aborda aquí Lucía un tema que actualmente ha causado fuertes polémicas —como la que giró en torno a la conocida como «Ley Sinde»—, enfocándolo desde una nueva perspectiva: el problema se halla no en la propia existencia de las tecnologías digitales, sino en nuestra forma errónea de gestionarlas. Más que de una escasez de inversión económica, se trata en último caso de una falta de confianza en el formato digital. La solución, insiste, se encuentra en que la industria editorial y las instituciones políticas ayuden, en la medida de lo posible, a expandir el nuevo formato, en vez de cercarlo con más limitaciones. Esta posición también resultaría ventajosa para el mercado editorial, puesto que ha quedado demostrado que se obtienen más beneficios por la cantidad de compradores que por el alto precio del producto que se ofrece.

El cambio de actitud debe producirse también a otros niveles, como el universitario, donde tampoco se aprovechan las inmensas posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales, que quedan relegadas en numerosas ocasiones a la tarea de servir como meras plataformas depositarias de información —así ocurre con los llamados «campus virtuales»—. Y esto es debido, una vez más, a la tendencia a reproducir en el medio digital los modos analógicos. De la misma forma, en gran parte de las bibliotecas digitales textuales se ha optado, simplemente, por digitalizar los fondos patrimoniales para facilitar su accesibilidad, sin tener en cuenta el mayor hallazgo del texto digital: el hipertexto. La hipertextualidad —vínculos electrónicos entre unos y otros textos—, la interactividad —capacidad del usuario de influir en dichos textos— y la hipermediabilidad —concentración de las características de los medios analógicos en el digital— constituyen los tres pilares sobre los que se asienta el abanico de posibilidades que abre el nuevo universo que nos envuelve: el de la llamada Web 2.0, un término acuñado por Tim O'Reilly. En torno al año 2005, la Web 2.0 se fue imponiendo sobre el sistema de Internet que conocíamos, que había surgido como un proyecto militar y universitario que tenía como objetivo conectar todos los ordenadores a nivel global. Actualmente, vivimos inmersos en esa Web 2.0, que se sostiene sobre la

«política de la participación»: mejora su funcionalidad a medida que se incrementa el número de usuarios participantes. Las redes sociales —*Facebook*, *Twitter*—, la aplicación *Google Maps* o la popular *Wikipedia* son solo algunos ejemplos.

Lo que el autor propone, partiendo de la situación actual, es la apuesta por la creación de plataformas de conocimiento, una superación del concepto de bibliotecas digitales textuales, que se adapte también a las necesidades del investigador universitario, devolviendo así a la universidad el papel que ha perdido en los últimos años: el de ser el motor de la investigación y el desarrollo en los nuevos modelos para la difusión del conocimiento. Lucía utiliza un término, el de universidad 2.0, para referirse a ese nuevo modelo basado en la Web 2.0 que no se base solamente en las tradicionales clases magistrales y presenciales, sino que se apoye también en las plataformas de conocimiento. Dichas plataformas incorporan tres elementos esenciales: un área de personalización del usuario, un área de trabajo que incluya espacio propio y materiales propios para cada usuario, y un área externa que la relacione directamente con el resto de la Red. Y así, el autor está apostando por arrancar la institución universitaria de su inmovilismo y otorgarle de nuevo un lugar predominante en nuestra sociedad.

En este libro queda demostrado que con «texto digital» no nos referimos únicamente a los dispositivos de lectura, como el *IPad* o el *Kindle*, que en la actualidad parecen situarse en la cumbre de los temas más polémicos. Esto ocurre por la razón de que es en los últimos años cuando están cosechando más éxito, imponiéndose sobre el libro impreso, porque lo cierto es que ya existían dispositivos digitales de lectura en 1997, aunque con unos formatos que no tuvieron buenas acogidas entre los usuarios. El texto digital abarca todo un universo de herramientas, aplicaciones y posibilidades, como bien expone la reflexión de José Manuel Lucía. Y dichas posibilidades se incrementarían si lográramos modificar nuestra actitud en referencia a las nuevas tecnologías digitales.

El libro constituye, en síntesis, una valiente propuesta; «un perfecto quitamiedos» —como lo llama Javier Celaya en el prólogo— para todas aquellas personas que siguen afrontando el cambio de paradigma con una mezcla de temor, ansiedad y escepticismo. José Manuel Lucía ofrece una mirada positiva, práctica y abierta hacia el futuro, instando al lector a que se deje llevar también por la marea de innovación que invade nuestra sociedad, a que busque nuevos caminos a partir de los actuales, a que, en definitiva, asuma con ilusión la nueva era que aún estamos comenzando a vivir. Como señala

en el último capítulo, ejemplificando su hipótesis con un video producido por un grupo de edición francesa, tal vez caminamos hacia un futuro en el que gran parte de las actividades cotidianas se realicen a través de un pequeño dispositivo digital, lo cual nos permitiría simplificar muchas tareas y acceder desde cualquier lugar a toda la información referente a una determinada materia. Un sueño para muchos, cuya realización será posible si intervenimos de manera adecuada en el presente. Como señala el autor en varias ocasiones, «la mejor forma de predecir el futuro es inventándolo».

Marina Casado

Universidad Complutense de Madrid